

RESEÑAS

Aguayo Quezada, Sergio, 1968: *Los archivos de la violencia*, México, Grijalbo, 1998, pp. 332.

Uno de los libros más completos que se han escrito sobre el movimiento estudiantil popular de 1968 en México, sobre todo en lo que aconteció el 2 de octubre en Tlatelolco, es —sin duda alguna— el de 1968: *Los archivos de la violencia*, de Sergio Aguayo Quezada.

Esta investigación está basada en información testimonial y documental. Incluye testimonios de protagonistas, en especial de los que nunca habían sido entrevistados y que aportaron información interesante como funcionarios mexicanos de nivel medio, militares y miembros de las fuerzas de seguridad, así como diplomáticos acreditados en México en aquel año. El autor revisó miles de documentos, videos, fotografías, artículos periodísticos y trabajos académicos recuperados de archivos, bibliotecas, hemerotecas y filmotecas tanto de México, Esta-

dos Unidos y Canadá como de Europa. La mayoría de estos archivos no habían sido revisados sistemáticamente.

Para obtener información, el autor solicitó permiso por escrito a cuatro dependencias para revisar los fondos documentales sobre lo acontecido ese año: a la Secretaría de Gobernación, para consultar el Archivo General de la Nación; a la Secretaría de Relaciones Exteriores; al Departamento del Distrito Federal, y a la Secretaría de la Defensa Nacional. Las tres primeras dieron autorización por escrito y la cuarta no respondió.

Cabe señalar, que en lo relativo al movimiento estudiantil, todos los archivos fueron mutilados en mayor o menor medida; sin embargo, en términos comparativos, la colección más completa es el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en el cual también se encuentran los recortes de prensa que enviaron las embajadas de México; lo cual resultó particularmente útil en el caso de Cuba, Estados Unidos, América Latina, Europa, Asia y África. El archivo más incompleto y mutilado intencionalmente es el del Departamento del Distrito Federal. En el Ar-

chivo General de la Nación, el autor localizó valiosa información en la Sección Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, en el que se encuentran los informes de los agentes de dicha dirección y algunas copias de los reportes que la Dirección Federal de Seguridad enviaba al presidente Díaz Ordaz.

De los tres archivos, Sergio Aguayo seleccionó unos diez mil documentos; queda pendiente conocer los archivos de la Dirección Federal de Seguridad, de la Secretaría de la Defensa Nacional y de la Presidencia de la República.

Algunas carencias de información fueron cubiertas en el extranjero; concretamente, en Estados Unidos y en los archivos del Comité Olímpico Internacional en Suiza. Otras lagunas se cubrieron con la información publicada en 43 medios impresos de la ciudad de México y varios estados del país, así como en 183 periódicos y revistas de 40 países. También consultó muchos de los libros, ensayos y testimonios publicados en los treinta años que han pasado desde 1968. Por todo esto, además de por la riqueza y objetividad en el análisis, el libro de Aguayo se

hace una lectura obligada para todo aquel que quiera indagar sobre lo acontecido ese año.

A los archivos, bibliotecas y entrevistas, el autor llegó con las siguientes preguntas: ¿por qué y cómo sucedió la tragedia del 2 de octubre? ¿Qué hicieron el gobierno, los estudiantes y la comunidad internacional para que sucediera? ¿Cómo deberían distribuirse las responsabilidades? ¿Por qué no se olvidó el 2 de octubre? ¿Cómo pueden evitarse acontecimientos similares? Para Sergio Aguayo, el hilo que relaciona las preguntas es la violencia y sus múltiples manifestaciones.

En verdad, el autor encontró que para los intereses de la Nación resultó nefasta la mezcla de una personalidad como la de Díaz Ordaz y la falta de contrapesos a su enorme poder.

Díaz Ordaz y el régimen que presidió padecieron lo que estudios recientes califican de paranoia política. "La sospecha es la característica principal del paranoico. Las cosas no son lo que parecen: el paranoico ya sabe cuál es la verdad y acumula evidencia para confirmarla (no para contrastarla). Nada pasa por casualidad, sino que todo

ha sido causado por alguien. La coincidencia no existe...”

Lo particular de la visión paranoica de la historia es su creencia de que las conspiraciones son la fuerza motriz de la historia y el principio organizativo básico de la política. Para ellos, la conspiración existe, avanza rápidamente y es malévola por definición. La victoria de los conspiradores está siempre cerca y, por ende, el paranoico personifica el bien y es el encargado de enfrentarse a ellos.

Los políticos con esa lógica paranoica ignoran la información que no embona con su marco mental, la consideran incómoda y no le dan valor. Tampoco tienen adversarios, rivales u oposición, sino enemigos. Y a los enemigos no se les derrota ni se intentan formas de conciliación, sino que se les destruye. Díaz Ordaz, alentado por su equipo cercano, se dedicó a ver conspiraciones y a construir enemigos en un mundo de su propia creación. En los momentos de mayor tensión de 1968, de los informes de Gobernación sólo tomaba aquellas afirmaciones (en ocasiones no verificadas) que confirmaban lo que creía.

Este tipo de mentalidades atribuye más fuerza al enemigo de la que realmente tiene. Lo hace porque la magnitud de la amenaza justifica

la utilización de la fuerza (pp. 38-39).

Precisamente en el México de los años sesenta, Díaz Ordaz y su fiel aliado, Luis Echeverría, procesaron la información que les llegaba de las direcciones Federal de Seguridad e Investigaciones Políticas y Sociales, con la lógica de un régimen paranoico. Usaron la violencia sin contrapesos o controles de consideración, y causaron un daño enorme al desarrollo político del país. Estos rasgos se harían muy evidentes durante el movimiento estudiantil de 1968, aunque ya estaban presentes desde antes, como en el movimiento navista de San Luis Potosí y el de los médicos.

Como es bien sabido, la década de los sesenta fue de cambio en el mundo, cuando se buscaba transformar el orden establecido proponiendo algo mejor. México y sus estudiantes no fueron la excepción. Por diversas razones, la vida estudiantil en las escuelas públicas estaba bastante politizada; había un notable número de movilizaciones estudiantiles que fueron abonando el terreno al movimiento de 1968. Según datos de Agua-

yo, entre noviembre de 1963 y junio de 1968 hubo al menos 53 movimientos estudiantiles en el país motivados por problemas de la propia escuela, por incorporar asuntos de la localidad, por asuntos internacionales (apoyo a Cuba o a Vietnam), contra la brutalidad policiaca y contra el sistema autoritario de control político.

Adicionalmente, 1968 era un año especialmente importante para México porque acaparaba la atención mundial, y el gobierno preveía que algunos disturbios coincidirían con los juegos olímpicos (a inaugurarse el 12 de octubre), y que algunas organizaciones estudiantiles tenían la intención de aprovecharse de ellos. Esto forma parte del supuesto complot internacional contra México detectado por Díaz Ordaz; pero en este libro, su autor demuestra el total apoyo que la comunidad internacional y el Comité Olímpico Internacional dieron al gobierno mexicano para terminar con el movimiento estudiantil y garantizar una "paz olímpica".

Por otro lado, los gobernantes mexicanos sabían que la información es poder, razón por la cual dedicaban tiempo y recursos para

controlarla: la recuperaban, la modulaban en medios de comunicación y editoriales, y la utilizaban como instrumento para castigar a los opositores. Además de espiar y difamar, el gobierno contaba con la violencia, las leyes y un amplio repertorio de mañas que podían utilizar contra quienes no pensaban ni actuaban como él. Todo esto fue utilizado contra los estudiantes en 1968 conforme transcurrieron los hechos, desde el 22 de julio hasta el 2 de octubre, que por razones de espacio se omiten.

Sobre los puntos a los que este libro da nueva luz, son precisamente los referentes a lo acontecido el 2 de octubre de 1968. Lo más probable es que el 24 o 25 de septiembre, el presidente y su equipo decidieran optar por una solución definitiva, ya que el día 26 algunos extranjeros muy seleccionados fueron informados de que vendría una solución definitiva; el lugar y la fecha de ese operativo final lo eligieron, sin saberlo, los mismos estudiantes, durante un mítin realizado el 27 de septiembre en Tlatelolco, cuando uno de los dirigentes estudiantiles informó que el miércoles 2 de octubre a las 17:00 horas se celebraría

otro mitin ahí mismo y que éste sería masivo. El gobierno tuvo el tiempo suficiente para idear un plan que resolviera la cuestión estudiantil y dar el golpe final.

Así pues, en la última semana de septiembre, el gobierno estaba decidido a terminar con el movimiento estudiantil antes de la inauguración de la Olimpiada, el 12 de octubre. De esto estaban enterados el presidente Gustavo Díaz Ordaz, el secretario de Gobernación, Luis Echeverría, así como el secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores. El autor lo sabe por los extranjeros a quienes informaron estos funcionarios. Es muy probable que también lo supiera el director de la Federal de Seguridad, capitán Fernando Gutiérrez Barrios, y el jefe del Estado Mayor Presidencial, general Luis Gutiérrez Oropeza. Una interrogante es si el secretario de la Defensa Nacional, general Marcelino García Barragán, estaba enterado de todo el plan o sólo del papel que correspondía al ejército.

La masacre del 2 de octubre en Tlatelolco fue planificada; existen evidencias que lo demuestran y testimonios que lo confirman, aunque en los archivos consultados no

aparece el plan maestro. Pese a esto, en este libro existen elementos suficientes que reconstruyen sus principales rasgos. La intención del gobierno con ese acto era:

- a) Detener el liderazgo estudiantil;
- b) Acabar con el núcleo duro;
- c) Amedrentar a los moderados y lanzar una advertencia hacia el futuro, y
- d) Hacerlo de una forma que legitimara el uso de la fuerza. La violencia estatal debía justificarse con el argumento de que los estudiantes habían disparado primero.

La determinación de dar un golpe definitivo se manifiesta en la cantidad, la calidad y la variedad de las unidades de la fuerza pública que desplegó el gobierno, esa tarde, para un espacio tan reducido. Por parte del ejército, estaban grupos representativos de batallones de infantería, guardias presidenciales, el Batallón Olimpia y la Fuerza Aérea. La Procuraduría General de la República contribuyó con la Policía Judicial Federal y con agentes del Ministerio Público; la Secretaría de Gobernación, con la Dirección Fede-

ral de Seguridad, la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales y equipos de filmación. Por el Departamento del Distrito Federal fueron granaderos, judiciales, policías preventivos y de la montada, cadetes de la Academia de Policía, agentes del Servicio Secreto y de tránsito, 300 paramilitares del "equipo zorro", así como bomberos. Según Aguayo, había entre 5 000 y 10 000 militares, policías y paramilitares, con una enorme capacidad de fuego, frente a un grupo de manifestantes de aproximadamente 8 000 personas.

El factor sorpresa es básico en ese tipo de operativos, ya que ni los estudiantes ni la sociedad y quizá ni algunos integrantes de la fuerza pública esperaban una solución tan drástica.

Fueron sobre todo las fuerzas del Departamento del Distrito Federal las que recibieron la instrucción de infiltrarse entre los manifestantes y empezar a disparar contra la gente cuando vieran luces de bengala. Mención especial se hace a los francotiradores ubicados en los edificios que daban a la Plaza de las Tres Culturas, quienes dispararon contra el ejército y la multitud, y cuya existencia no

era conocida por el ejército uniformado. Se trataba de un grupo paramilitar organizado por el Departamento del Distrito Federal, que, a una señal predeterminada, disparó a voluntad; luego vino el caos, el fuego cruzado entre policías y soldados que se herían entre sí, seguido de una detención masiva con una gran cantidad de muertos y heridos.

El 2 de octubre de 1968, el régimen expuso su rostro más desagradable; razón por la cual, esa fecha no se olvida. El mundo contempló a un gobierno despiadado que aplastaba a sus opositores desarmados, pues el mismo ejército reconoce que los francotiradores y quienes iniciaron la balacera no eran los estudiantes.

Sobre el 2 de octubre, uno de los temas más polémicos ha sido la responsabilidad del ejército; para algunos fue el verdugo que llevaba órdenes de masacrar; mientras que él mismo considera haber sido metido en una trampa. El ejército uniformado sí agredió a manifestantes, pero también los protegió y se mostró desconcertado, pues no llevaba órdenes de matar. De acuerdo con testimonios, la policía o los militares ves-

tidos de civil tuvieron un comportamiento muchísimo más brutal que el ejército uniformado.

La trampa tendida al ejército consistió en no informarle que un grupo de francotiradores pertenecientes a una dependencia oficial dispararía contra soldados y manifestantes. Por las evidencias que reunió el autor, quien tendió la emboscada fue su comandante en jefe, el presidente Gustavo Díaz Ordaz. La explicación más plausi-

ble es que éste giró diferentes órdenes a cada grupo de la fuerza pública. No quería una masacre, pero estaba dispuesto a sacrificar vidas de uniformados, policías y civiles para amedrentar al movimiento; para justificar la detención de líderes y participantes y, en suma, para acabar con el movimiento, antes de que empezara la Olimpiada.

Rosendo Bolívar Meza